

La Vulgaridad

Cada cual habla de la feria según le va en ella", reza el proverbio, proverbio a que podrá añadirse: "Y a cada cual le va en ella según él es"; o más propiamente: "Cada uno se hace su feria".

Es una observación, no por muy antigua y muy repetida menos digna de que la repitamos, una vez más, la de que nuestro pesimismo o nuestro optimismo es temperal, que unos hombres nacen alegres y otros tristes, éste contentadizo y aquél displicente.

Esta breves reflexiones preliminares, de una trivialidad evidente, no tienden a otra cosa que a prevenir al lector de que ha de parecerme muy natural que no haga gran caso de mis lamentaciones y quejas, achacándolas a mi humor. Nadie, en efecto, se queja del mal de muelas ajeno, sino del suyo propio, y así tampoco nadie se queja del mal de los siglos pasados, si no de aquel en que vive. Que este siglo en que vivimos les parezca a los pesimistas el peor de todos los siglos, lo encuentro tan natural como el que a los optimistas les parezca el mejor de todos ellos, porque ni unos ni otros han vivido en otro siglo ni, por tanto, han experimentado el mal o el bien de otro.

En su excelente *Historia de la filosofía moderna* nos dice Höffding, hablando de Carlyle: "Si Carlyle no ha visto en torno suyo más que tinieblas, débese a las severas exigencias que imponía para la solución del problema. Su idealismo nativo, sus luces interiores, eran las que lo ennegrecían todo en derredor de él. Dicen en alguna parte que el mundo parecerá malo a todo espíritu juvenil y lleno de fuego que entre en él con un gran objetivo a la vista y una visión clara de la existencia; porque ¿en qué otra cosa se ha de emplear su fuerza y su heroísmo? ¡Si el mundo fuera bueno, sería absolutamente inútil! La fuerza y el idealismo humano son, pues, los que hacen aparecer al mundo malo; no queda detrás de nosotros, sino que se extiende por nuestro propio espíritu. La desgracia del hombre estaba en su grandeza, en el infinito que se agita en él y que no puede verter en las formas de su naturaleza finita".

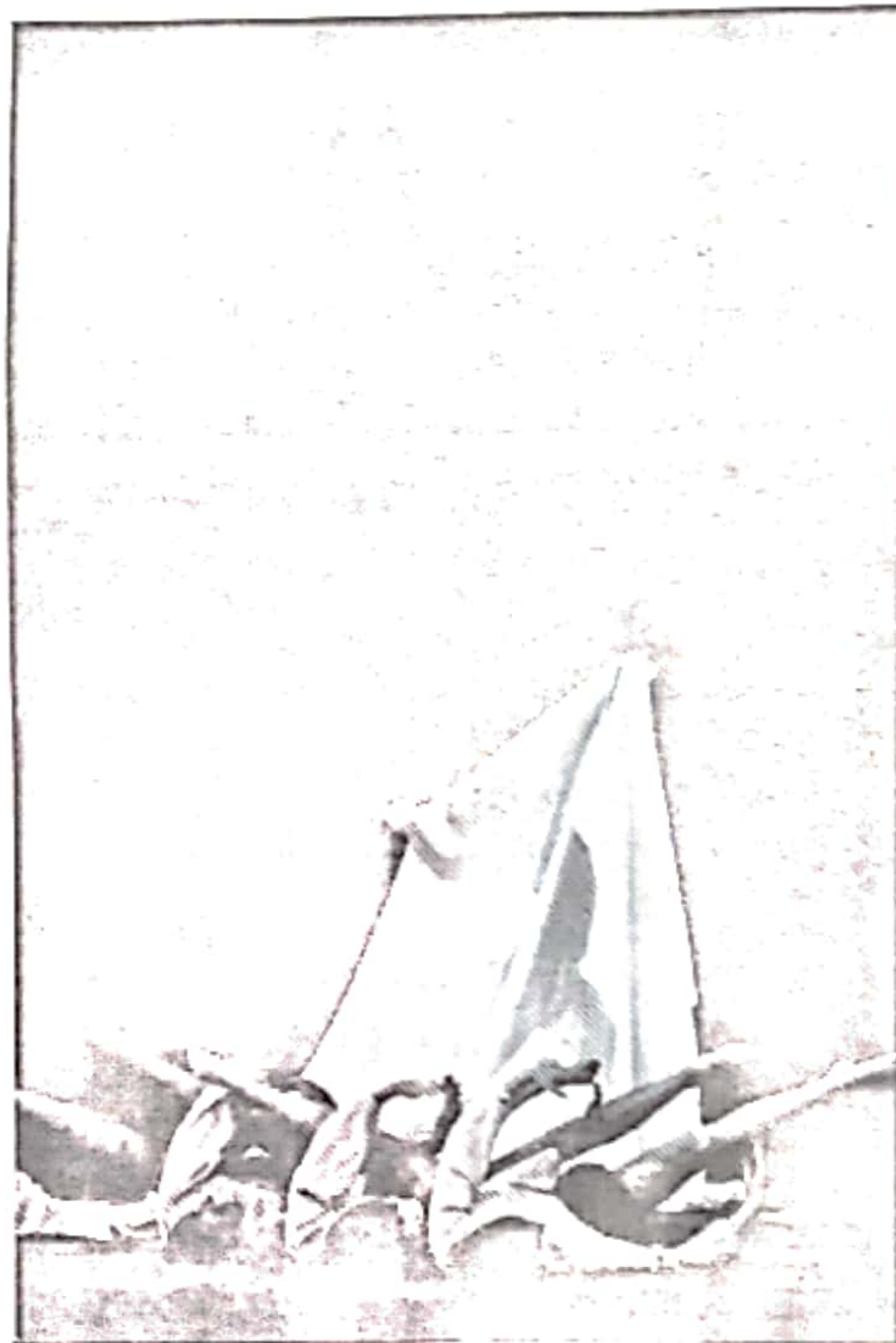
Es inútil querer discutir si Carlyle tenía o no razón, porque no es de razón, sino de sentimiento de lo que aquí se trata. Una vez discutían acaloradamente, delante de mí, dos amigos míos, si los salvajes eran o no más felices que los civilizados. Después de un buen rato de discusión se volvió uno de ellos a mí, que había permanecido todo aquel tiempo callado, y que preguntó mi parecer y si yo creía que los salvajes vivían más felices que los civilizados, o no era así. Y me limité a responderle: "Como no he sido nunca salvaje, no puedo contestarle a eso", y ahora añado que aunque lo hubiese sido. Porque he sido niño y mozo y no me atrevería a afirmar que mi niñez - la mía - fue más feliz o menos feliz que mi edad adulta. Ya no me acuerdo de lo que sufrí entonces.

Kierkegaard, en una de las *diapsalmatas* que preceden a su obra o lo uno o lo otro, escribe estas palabras, que ya antes de ahora he tenido ocasión de citar: "Quéjense otros de que nuestro tiempo es malo; yo me quejo de que es mezquino, porque le falta pasión. Los pensamientos de los hombres son delgados y quebradizos como agujas, y ellos mismos, tan poca cosa como costureras. Los pensamientos de su corazón son demasiado miserables para ser pecaminosos. En un gusano, acaso se tendría por pecaminoso abrigar tales pensamientos; pero no es un hombre creado a imagen y semejanza de Dios. Sus goces son comedidos y pesados; sus pasiones, soñolientas; cumplen su deber estas almas de bolicheros; pero se permiten, lo mismo que los judíos, cortar en pedacitos las monedas; piensan que

aunque Nuestro Señor lleve en orden sus libros, se le puede meter gato por liebre. ¡Fuera con ellos! Por eso se vuelve mi alma siempre al *Antiguo Testamento* y a Shakespeare. Allí se siente que es el hombre el que habla, allí se odia, allí se ama, se mata al enemigo, se maldice su descendencia por generaciones, allí se peca".

Una vez más hago mías estas palabras de Kierkegaard. Yo no sé lo que me hubiese pasado de haber vivido en otro tiempo y en otro país, o en este mismo país en tiempos que fueron, o de vivir hoy en otra parte; pero lo que sé es que nada me angustia hoy y aquí tanto como el espectáculo de la vulgaridad triunfante e insolente. Y los vahos que me vienen de fuera, de lejos, son también vahos de vulgaridad.

Yo he creído, y sigo creyendo que la ilustración y la cultura es un capital que crece sin cesar y cuanto más se difunde y reparte a más toca a cada uno; pero tengo un amigo que sostiene una doctrina muy contraria a esta, afirmando que hay una cantidad fija de ilustración, cantidad que crece en una proporción fija también, y que si se reparte mucho es para tocar a cada uno menos.



Sostiene muy serio que donde el tipo medio de la instrucción es elevado, se ahoga toda genialidad y profundidad de pensamientos, y me recuerda la típica expresión de otro amigo mío, que hablándome del país en que ahora vive - muy lejos de esta su patria y nuestra patria - me decía que hay en él una alta cultura superficial. El primero de estos mis dos amigos ha llegado algunas veces a hacerme vacilar en aquella mi creencia que os decía, y, por lo menos, me ha hecho pensar en si sucederá con la instrucción y la cultura lo que con otros géneros de comercio, y es que se logra la cantidad a costa de la calidad.

Los empeños por vulgarizar la ciencia la han vulgarizado, en efecto, pero en el peor sentido de la palabra. Lo mismo en ciencia que en literatura, lo clásico, lo permanente, lo universalmente humano, se ahoga hoy bajo una balumba de producciones ligeras, baratas - baratas intelectualmente, es decir, que cuesta poco esfuerzo comprenderlas - y vulgares. Hay quien cree que Flammarion es el primer astrónomo del siglo, quien cita a Letourneau como una de las mayores autoridades en sociología y así por el estilo.

No hace mucho me escribía un joven, preguntándome a qué literatos y poetas de cincuenta años acá le recomendaba que leyese. Y le contesté que por qué los limitaba a los de cincuenta años acá. Que leyese a Homero, y Platón, y Virgilio, y Tácito, y San Agustín, y

Dante, y Shakespeare, y Cervantes, y Calderón, y Milton, Corneille, y Pascal, y Goethe, y..., y..., y..., ¿Por qué de cincuenta años acá? ¿Por qué aplicar a cosas de arte, filosofía y poesía ese criterio de mercachifle?

Que siga pensando mi amigo Ricardo Rojas en la necesidad de dar una base de cultura clásica a la educación argentina, y de crear así un clasicismo nacional puro. Es el único modo de combatir la vulgaridad.

Siempre ha habido vulgo, no cabe duda; pero se me antoja que el vulgo de otros tiempos era más respetuoso que el de estos en que vivimos, que sabía ignorar y sabía respetar a los que sabían más que él. Pero ¡este vulgo que tengo que padecer! ¡Este vulgo, al que la Prensa le ha hecho creer que está informado y enterado de todo! ¡Este vulgo mimado, adulado a diario!

Si, me acuerdo de los consejos de Marco Aurelio; me acuerdo de ellos. Ya que no podamos hacer que sea de otro modo que como son, dejarlos. Pero no, y no los dejo. ¿Que nada consigo con estas agrias, desabridas y displicentes censuras? ¿Que nada se consigue con llamarle tonto al tonto al ramplón, ramplón? ¡Quién sabe!... Y aunque no se consiga, a Solón, que lloraba la muerte de un hijo, le dijo un "filósofo" que por qué lo lloraba si nada conseguía con ello, le respondió: "¡Pues por eso!".

A medida que la cultura y la ilustración se hacen más un género de comercio, entran más cada vez en la ley general de la oferta y la demanda. Se fabrica ciencia, arte, filosofía y poesía, a gusto del consumidor. ¡Y vaya un gusto! El peor Mecenas es el público. Y no hablemos del arte popular, de la ciencia popular. ¡Horror, horror horror! El cálculo infinitesimal, la histología comparada, etc., al alcance de todo género de personas.

Las democracias tienen una cierta tendencia a desconocer la ley de la diferenciación del trabajo. A pesar de lo cual se les impone. Creo que fue Hobbes el que dijo que la democracia es una aristocracia de oradores. Pudo decir que de demagogos. Y lo cierto es que el *politicien*, el político de oficio, es el más genuino producto de una democracia. El político de oficio suele ser el más genuino representante de la vulgaridad. No hay oratoria más vulgar que la oratoria política. El que quiera oír vaciedades más o menos sonoras, que acuda a un *meeting* o *metingue*, de cualquier clase que él sea.

Estoy quejándome de la vulgaridad, que es mi más constante queja, cuando llega un amigo y me dice: "Siempre ha sido así; lo que hay es que la vulgaridad pasada se perdió en el olvido, porque lo vulgar es pasajero, y sólo ha quedado en pie y subsistente lo verdaderamente intenso, profundo y sólido, lo que acaso en su tiempo pasó inadvertido. No son los autores que hoy se siguen leyendo los más populares en su tiempo" Si, esto es verdad, muy verdad; pero Dios mío, ¡tener que convivir con lo que no ha de sobrevivir!

Y hay una forma de vulgaridad que es la más terrible y la más dañina de todas: la vulgaridad brillante. El brillo no hace sino hacer más vulgar a la vulgaridad. "Con azúcar está peor", podría decirse aquí, aplicando aquel agudo dicho sobre aquello que "peor es meneallo". La vulgaridad con brillo está peor.

"¿Y en qué consistirá, Dios mío -suelo preguntarme algunas veces-, que desde hace pocos años me duele cada vez más la vulgaridad ambiente?". Y ha llegado esto a tal punto, que se ha mezclado no poca amargura a algunos de mis éxitos. "¿Pero por qué me aplauden esto -me pregunto- y no aquello otro?" he venido a dar en temer el éxito. Porque yo sé -así, como suena, lo sé, lo sé de ciencia cierta y con toda seguridad- que si mis escritos se leen y se recuerdan de aquí a cien años, no serán los que más me han sido celebrados los que mejor se recuerden entonces. He oído no pocos aplausos que me han sonado a reproche.

Miguel de Unamuno -
España 1864 - 1936
"El sentimiento trágico de la vida"
"La Tía Julia"